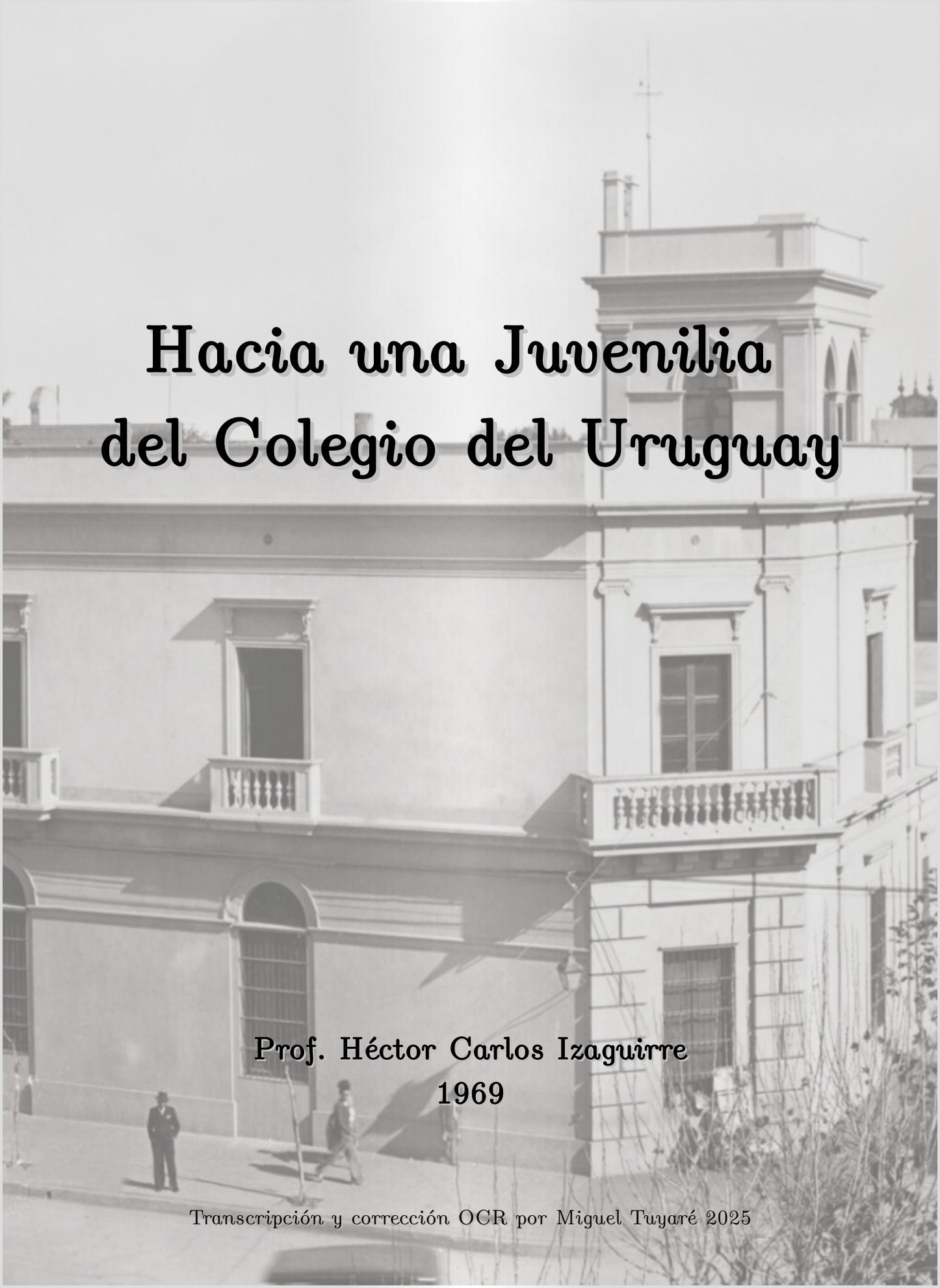

Hacia una Juvenilia del Colegio del Uruguay

Prof. Héctor Carlos Izaguirre

1969

Transcripción y corrección OCR por Miguel Tuyaré 2025

En un artículo reciente, Álvaro Martínez -ex-alumno del Colegio del Uruguay- lamentábase que el ilustre establecimiento fundado por el General Urquiza hacia la mitad del siglo anterior, no contara con una evocación estudiantil al estilo de «Juvenilia» de Miguel Cané, a pesar de las brillantes plumas que han surgido de sus aulas[1].

En efecto, observando la obra de estos escritores, no encontramos una obra en la que la nostalgia de esa estudiantina constituya el tema central. Deberemos conformarnos con rastrear recuerdos en páginas dispersas para intentar reconstruir esa «Juvenilia» fragmentaria y colectiva del Colegio del Uruguay.

Para concretar ese intento preferiremos aquellas páginas teñidas de evocaciones de los pequeños grandes hechos que constituyen la esencia de la vida estudiantil.

El ingreso al Colegio

La fundación del Colegio del Uruguay respondió a una política educativa en la que el General Urquiza empeñó sus mejores afanes. Buscó para ello, jerarquizar la enseñanza y posibilitar a sus hijos una. oportunidad para superarse.

Martiniano Leguizamón[2] recuerda al respecto que «el sistema de reclutamiento para la escuela era tan severo que pocos escapaban a la requisa encargada a los jueces políticos de cada departamento; y de ahí las exageradas anécdotas pintorescas que se han atribuido a tal o cual alumno cerril a quien tuvieron que bolearle el caballo para cazarlo entre los montes…".

Cuando la distancia era grande, las «postas», con caballos cedidos gratuitamente por el gobierno, aproximaban a Concepción al joven que iniciaba sus estudios.

El Dr. Luis F. Aráoz que esto recuerda[3], nos brinda una interesantísima crónica de viaje por las tierras entrerrianas, a las que llegara desde su remota Tucumán.

Una naturaleza agreste, salpicada de arroyos, oponíase a las urgencias de este adolescente que puede comprobar, desde un primer momento, la hospitalidad de los paisanos de Nogoyá, Tala o de la estancia de los Basavilbaso…

Recuerda especialmente a uno de ellos: de pelo lacio, atado con un pañuelo blanco, ordena a las «chinas» que «hagan cena para estos colegiales» y les aconseja no vaya solo por los bosques del Gualeguay «pues podía haber matreros o perros cimarrones».

---

1 «El Colegio del Uruguay y su Juvenilia». Artículo de Álvaro Martínez. «La Prensa» 08-09-1968.

2 «Rasgos de la vida de Urquiza». Imprenta y Casa Editora Coni. Pág. 167

3 Artículo publicado en el Número Único del LXXV Aniversario del Colegio del Uruguay. 1924. Pág. 80 y sig.

Años más tarde, los ojos aún infantiles de Honorio Leguizamón se asombrarían, al pasar por esos mismos lugares, y Observar un eclipse de sol, en las proximidades de Calá, viejo campamento del General Urquiza[4].

Pero continuemos con el relato de Aráoz que ya llega a Concepción, ciudad que nos parece responder a sus ilusiones pues afirma: «las casas en su mayoría de techo de paja, ocupaban los ángulos de las manzanas y lo demás eran sitios…".

Agrega que «las mejores veredas eran de ladrillo de pared, bien ordenados, y la mayor parte de ellas de piedra china suelta (pedregullo)». Recordemos que Aráoz ingresa en 1857 al Colegio y Concepción no debía sobrepasar por entonces los tres mil habitantes.

Muy distinta impresión, en cambio, le causará la ciudad, unos treinta años después, a otro estudiante que llega desde Nogoyá: «La entrada a la ciudad fue un deslumbramiento; estaba bien iluminada y pavimentada con piedra china». Y agrega: «las calles tenían nombres y se llamaban Galarza, Rocamora, Urquiza». Allá en su pueblo no se conocía más nomenclatura que «Calle Ancha y la de los álamos de Arocena, la del puente, la del cementerio… y pare de contar»[5].

Antonio Sagarna, que esto evoca, ya no ha tenido problemas con los perros cimarrones: el ferrocarril los ha superado…

Saltemos nuevamente en el tiempo para retomar el relato de Aráoz: Trifón Ríos, el portero del Colegio, ya lo ha dejado penetrar al establecimiento. Surge de inmediato la gritería de los colegiales en recreo, el encuentro con Clark, y la presentación al Rector, el Dr. Alberto Larroque, que ordena al joven Hereñú le entregue al muevo alumno «un cuadernillo de papel, tinta, pluma, lápiz y señale número y asiento».

Por la misma época -hacia 1858- llega al Colegio del Uruguay un joven nacido circunstancialmente en Tupiza-Bolivia. Se llama Eduardo Wilde…

La ruptura que ha supuesto la separación núcleo familiar gravita en este adolescente que muchos años después, siendo ya Ministro, le recuerda a su amigo Miguel Cané el dolor de la despedida y la sorpresa al encontrarse en un ambiente nuevo, con alumnos mayores ya habituados a la disciplina. Sufre en esos momentos «la horrible amargura del novicio» que hasta interpreta como vejamen la palabra más afectuosa…

«La primera noche de internado. ¡Qué horrible!… ¡Tenía vergüenza de instalar mi tristeza ante mis compañeros indiferentes y estuve haciendo esfuerzos por no llorar en su presencia; pero una vez en la cama… me tapó la cabeza con las frazadas y haciendo desfilar por mi memoria a mi madre, a mis hermanos, a mi casa, a mi barrio, a mi pueblo, me entretuve en morirme de pena anegándome en llanto…[6]

---

4 «El Colegio del Uruguay y su Juvenilia». Artículo de Álvaro Martínez. «La Prensa» 08-09-1968.

5 «La Fraternidad (Hija del «Histórico») Heredera de Urquiza». Buenos Aires. 1944. Pág. 79 y sig.

6 «Escritos Literarios» de E. Wilde. Edit. Hemisferio. 1952. Pág. 135 y sig.

Al mencionar al futuro brillante escritor de la generación del ochenta no podemos olvidar que con él perdió el Colegio, en el siglo pasado, la oportunidad más auspiciosa para contar con su «Juvenilia», ya que Eduardo Wilde proyectó escribir sus recuerdos del Colegio del Uruguay. En efecto, en julio de 1913 -dos meses antes de su fallecimiento- escribió Wilde el último capítulo de «Aguas Abajo», memorias de su niñez detenidas «al entrar el autor al Colegio célebre del Uruguay», según nos aclara una nota del editor[7].

Pero Wilde dejó un Indice de lo que pensaba escribir, y de él extraemos lo que sigue: «*Mi temor al entrar en el Colegio: no podría conocer a tantos. Temor de no poder estudiar. Mi enfermedad crónica de la vista. Todo anduvo bien. Don Jorge Larroque. Cómo fui sustituto de Matemática. Luis de la Vergne profesor de Matemática...*»

Pero no nos dejemos llevar por lo que no fue, y continuemos esta tarea de reconstrucción. Y para ello deberemos ubicarnos en 1872.

Un joven, que ya en sus «pagos» ha debido reemplazar al viejo maestro, recibe la comunicación del Colegio en la que le informan el comienzo de las clases.

Y recuerda Martiniano Leguizamón -puesto que al él nos referimos-: «una sensación extraña, dolorosa, conturbó mi espíritu y quedé inmóvil con la carta entre las manos, sin atreverme a romper el sobre»[8].

Dos días después debió partir, y al doblar un recodo del camino se detuvo un instante para echar una última ojeada al hogar bendito... «Brazos y pañuelos en alto lo despidieron, mientras arriba, sobre las toscas techumbres un largo penacho de humo negro flotaba desflecado por la brisa y se hundía en los cielos».

Comienzan las clases...

«El tañido áspero de la campana puso en movimiento á los estudiantes que dormían plácidamente en sus camas tendidas en dos filas simétricas. El celador desde una esquina batía las manos apurando á los remolones, que se ocultaban con pereza, friolentos entre las sábanas tibias. Después desfilaron con las tohallas en el pescuezo, soñolientos, desgreñados, encogiendo los brazos hasta el fondo del dormitorio para lavarse. Terminada la operación y á un nuevo toque de campana penetraron á la sala de estudio, grande, fría, desmantelada, silenciosa, con aspecto claustral»[9].

Peor suerte a la de Martiniano Leguizamón, que recuerda lo antes transcripto, tuvo en 1858 Luis F. Aráoz, pues sin tiempo para descansar del trajín del viaje, vivió idéntica experiencia; con el agravante de tener que dormir en una

7 «Aguas Abajo». Talleres Casas Jacobo Peuser. 1914. Nota final del Editor e Índice.

8 «Recuerdos de la Tierra». Cap. La Partida. Félix Lojouane Editor. Pág. 210 y sig.

9 «Recuerdos de la Tierra». Cap. Tristezas. Pág. 223 y sig.

mesa de la sala de matemática sus primeras noches en Concepción pues no había llegado aún su baúl de ropa y colchón...

Señalemos que ambos recuerdos corresponden a la época en que el internado funcionaba en el mismo Colegio.

Pero volvamos a la sala de estudio, iluminada en su primera etapa con velas de sebo, pues ya se encuentra sobre su tarima de pino «el francés Larroque que en tres horas, durante todo el estudio, -afirma Francisco Fernández («Francisquillo»)- no levantaba la cabeza de sobre los libros sino para, de tiempo en tiempo, por hábito, reclamar silencio con un «psh» que retumbaba como el eco de una campana...[10]

Cada mesa de esta sala de estudio era ocupada por doce alumnos, según Aráoz, y constituía con la vida en común del internado una forma directa de confraternidad entre alumnos de diferentes regiones e incluso países.

«A mi izquierda se sentaba un alumno con quien pronto trabé relación y fuimos grandes camaradas -comenta Leguizamón. Era un riojano feo, de boca grande que reía siempre enseñando la sanidad y la alegría de su alma».

Con tono emocionado, recuerda que un cambio de fortuna lo obligó a dejar los estudios. «Me voy a sostener á mi santa madre -me decía con voz quebrada-. ¡Trabajaré, cavaré la tierra, si es necesario, para ahorrarle una lágrima!"

De la sala de estudio pasaban a las aulas pues a las nueve comenzaban las clases. Por la tarde la actividad también era intensa ya que «a la dos d. m.», regresaban a la sala de estudio. Por Francisco Fernández sabemos que realizaban también ejercicios militares y gimnasia. Y no faltaba la música que servía para unir a aquel grupo humano: «Eramos muchachos fuertes, sanos, sin penas, expresivos más que la pólvora, impregnados de fraternos sentimientos..."

Cierta tarde, estos jóvenes se vieron sorprendidos por una grata novedad: el maestro de música Don Doroteo Larrauri les había compuesto un vals: «Mucho aparato teatral antes de correr el telón... -sigue recordando «Francisquillo»- ¡Por fin! ¡Y explotaron aclamaciones tumultuarias, un torrente de aplausos, zapateos y alaridos de indios!... ¡Qué apoteosis gloriosa!...»

Y aquel vals -con el sugestivo título de «Ausencia»- fue para quienes regresaron con posterioridad a la vieja casa un motivo para miles de evocaciones que parecían apresadas en sus notas.

«Los jueves y los domingos, por la tarde, en hileras militares correctas» comenta «Francisquillo», salían de paseo por las calles de la ciudad y se dirigían hacia «las onduladas praderas que se extendían a las orillas del puerto de las piedras». Luego de romper filas los alumnos se dividían en grupos: «los unos bajaban al ribazo, a tomar mate entre los matorrales ó hueco de una peña; otros, a beber la libertad en correrías desenfrenadas o a saber defenderla en juegos militares,

10 «Hojeando Recuerdos». Artículo publicado en el Número Único del XLV Aniversario del Colegio del Uruguay. Pág. 5 y sig.

en simulacros de batallas, desenlazadas con abrazos efusivos, repitiendo la bella y célebre frase del fundador del Colegio: ¡No hay vencedores mi vencidos!»

En otras oportunidades, Larroque aprovechaba esos paseos para lo que Honorio Leguizamón denominara «enseñanza peripatética». Recuerda que cierto día los llevó hacia las afueras de la ciudad y les señaló un torreón que había sido antiguamente un molino de harina y «que era testigo de la heroica defensa que el pueblo de Uruguay había opuesto a los invasores correntinos que mandaba Madariaga»[11].

Ramón C. Cornell -que ingresara como alumno externo en 1878- recuerda que llegaba al Colegio mucho antes que don Andrés Trucco -«Vizcacha para los alumnos»- tocara la fatídica campana. Sin embargo, con sus amigos, solía arrepentirse pronto de tal decisión pues luego de una rápida consulta acerca del estudio de las materias del día, optaban por retirarse antes que el portero pudiera interceptarles el paso.

Se dirigían entonces a «lo de Altolaguirre». Así denominaban «a una especie de garita terminada en pirámide con una cruz en el vértice». Situada en una altura permitía observar con tiempo cualquier novedad. Recuerda Cornell que en la pared opuesta se conservaba una chapa de hierro derruida en la que alcanzaba a leerse que «Don José Altolaguirre había fallecido en 1843 á la edad de cuarenta y tres años».

¡Habían elegido los estudiantes un viejo mausoleo de un cementerio abandonado para reunirse!

En vista de la inscripción, ninguno de ellos dudó en denominar «lo de Altolaguirre» al Jugar que así se convertía un un anticipo de las cuevas de la Salamanca utilizadas por las generaciones posteriores[12].

De esta manera transcurría la vida de esos estudiantes que tan destacada actuación tuvieran luego en las distintas actividades en que los dividió la vida.

No faltarían, por supuesto, las circunstanciales diferencias ni los altercados. Para estos últimos casos recuerda Honorio Leguizamón, hasta servían de proyectiles los libros editados en la imprenta del Colegio pues estaban tan bien encuadernados que llegaban «a las filas enemigas sin causar mayor daño ni sufrir detrimento»[13].

Sin embargo lo esencial era un espíritu de compañerismo y de lealtad que se mantuvo luego, cuando ya habían egresado. José S. Alvarez -«Fray Mocho»- recuerda un episodio que nos ilustrará al respecto. Señala que momentos antes de iniciarse las clases grupos de alumnos se dirigían a la bomba para tomar agua. Uno de los mayores tomaba el jarrito que pendía de la cadena pero si segundos antes algún compañero -aunque fuese «un chiquilín insignificante y desvalido»- llegaba a gritar «¡toy al cáir!», esa simple frase hacía, por tradición respetada, que el jarro

11 Álvaro Martínez. Artículo citado de La Prensa.

12 «Lo de Altolaguirre». Artículo publicado en el Número Único del XLV Aniversario. Pág. 29 y sig.

13 Discurso pronunciado en el Colegio y publicado en «El Colegio del Uruguay. Fiestas del LVIII Aniversario». Pág. 60.

pasara de inmediato a sus manos y de las de él, al que primero se la repitiera. Nadie se atrevía a romper ese ritual pues como acota Fray Mocho en el Colegio del Uruguay «se podía ser haragán, embustero, medio ladrón, barullero, dormilón y todo lo malo que pudiera ser un muchacho» y a pesar de ello no le faltarían amigos abnegados. Pero agrega: «El único que no los tenía mi los tendría jamás era el canalla! Eso era tradición»[14].

Como en todo internado, la comida sería motivo de ansiedades y desilusiones. Veamos un testimonio: Wilde cuando le escribe a Miguel Cané siente necesidad de relacionar los recuerdos que la lectura de «Juvenilia» ha despertado y entonces le dice: «Ves, ¡tú has estado en el Colegio del Uruguay! No es Eizaguirre quien servía en tu mesa sino Quiroz, que es ahora gran municipal en Salta y creo que hasta juez de paz, y tiene vacas y caballos y naturalmente, mucha influencia política..."

Pero la aproximación es mayor cuando, con ironía quevedesca, le recuerda: «Te equivocas en la lista de platos; no había sopa de fideos, ni guiso de carnero, ni sábalo; había agua artificial, carnero artificial y pan troglodita. El olor del refactorio es el mismo, pero te olvidas de la disparada general de cucarachas por las puertas ennegrecidas...

Arroz con leche, eso sí, los jueves: arroz egipcio, antediluviano, inhervible y leche de las vacas del faraón; todo ello en fuente de lata negra, acribillada, corroída y herrumbrosa, traída por un vasco fósil, con alpargatas druidas de enseñanza secundaria, herederas del primer sirviente del Colegio y hechas a aplastar ratones, o más bien megaterios a juzgar por el tamaño»[15].

Hacia 1874 la situación no debió ser muy distinta pues Fray Mocho nos habla, en su artículo «Toy al cáir», del cocinero, «el inmortal Pichín» que era capaz de producir «en el arroz metamorfosis inexplicables que siempre serán un misterio aun para el químico más profundo».

La Evocación de profesores

Don Alberto Larroque sintetiza con su personalidad y capacidad, los recuerdos de los viejos alumnos del Histórico. Despierta en ellos una veneración similar a la que Cané sintiera hacia Amadeo Jacques.

Un ex-alumno, J. D. -¿Jorge Damianovich?-. Recuerda los pasos iniciales del establecimiento, cuando en Concepción no había librerías ni obras de consulta y Larroque debía solucionar todos estos problemas con erudición y sentido práctico: «El estaba presente en todas partes y especialmente en la sala de estudios, vijilando, estudiando, trabajando siempre, dando el ejemplo: era preciso estudiar...»[16].

---

14 «Toy al cáir»-Artículo de Fray Mocho transcripto y comentado por Juan Antonio Solari en su obra «Urquiza y su Heredero-El Colegio del Uruguay». Edit. «La Vanguardia». Pág. 70 y sig.

15 «Escritos Literarios». Pág. 135 y sig.

16 «Reminiscencias del Col. del Uruguay» publicado en «In memoria de A. Larroque». Imprenta La Universidad. 1887. Pág. 97 y sig.

El prestigio de su figura se acrecentará con el correr del tiempo. Eduardo Wilde nos dará una pauta de ello. Su vida activa se desarrolla en planos muy diversos: será el médico esforzado que lucha contra la fiebre amarilla, el político que llega a importantes funciones públicas, el escritor que hace llorar a Buenos Aires con la enfermedad de «Tini», o sonreir con la ironía sutil de su pensamiento... Ese hombre, de tan variada experiencia, no olvida sus primeros años en el Colegio del Uruguay. Ya hemos comentado algunos de sus recuerdos. Pero observémosle en otros aspectos de su obra. Viaja a Grecia, recorre los monumentos de la antigüedad clásica y anota sus impresiones. De pronto surge el recuerdo de lo aprendido en Concepción y lamenta no haber podido visitar esos centros de cultura cuando las enseñanzas del viejo maestro se mantenían intactas... [17].

En otro viaje llega al Japón y al ver en una escuela a dos combatientes en la sala de esgrima «cubiertos de petos, manoplas y caretas» evoca sus «primeros años en la Concepción del Uruguay»[18].

Cuando visita España afloran los recuerdos de las clases de literatura en las que Clodomiro Quiroga, su condiscípulo y futuro rector del Colegio, «con una voz resfriada de cuervo de los Andes», recitaba quintillas con acento español[19].

Otro compañero, Olegario Ojeda, prefería a los místicos, el salteño Ruíz de los Llanos la gravedad de los romances heroicos, mientras que Crisóstomo Alvarez se deleitaba con los «ojos claros, serenos» del madrigal de Gutierre de Cetina. «¿Y cómo harás, le pregunté yo un día -comenta Wilde- si alguna vez tu amada no tiene ojos claros ni serenos.

Mientras no encuentre otros versos mejores dedicados á una bealdad de ojos negros, no le cambio los ojos á mi ideal».

Jorge Damianovich se entretenía en trasposiciones: la égloga de Garcilaso era la víctima preferida:

«Corrientes aguas, puras, cristalinas,
Cristalinas corrientes, aguas puras,
Puras, corrientes, cristalinas aguas...»

Dámaso Salvatierra parecía coincidir con Wilde en su enemistad con la poesía, circunstancia que no les impedía recordar muchas de memoria. Eduardo Wilde prefería matemática en esta etapa estudiantil, para la que se sentía capacitado. Sin embargo su experiencia inicial en el Colegio no fue todo lo feliz que podía suponerse. Escondido en su personaje Boris, nos cuenta que «al empezar en el Colegio del Uruguay el curso de matemática que comprendía: aritmética razonada, álgebra, geometría y trigonometría, en llegando al álgebra se salió de la

17 «Viajes y observaciones». Primera Parte Obras Completas. 1939. Pág. 301.

18 «Por mares y tierras». Segunda Parte Obras Completas. 1939, Pág. 92.

19 «Viajes y observaciones». Segunda Parte Obras Completas. 1939. Pág. 336 y sig.

aula i se puso á llorar sentado en la puerta. Concluida la clase el profesor al verlo le preguntó por qué lloraba.

—Porque no entiendo nada, contestó.

—Eso les pasa a todos al principio, observó el profesor, ya irá ud. entendiendo. Boris meneó la cabeza como quien niega, i en verdad negaba con toda convicción pues no entraba en su mente que una letra pudiese representar cualquier cantidad; eso le parecía absurdo...[20].

En otra oportunidad el mismo profesor -recordemos que era de la Vergne- les solicitó la demostración de un teorema. Wilde llegó a la conclusión después de ardua lucha. El profesor lo felicitó por el éxito pero le aclaró: «ha resuelto el caso pero lo ha hecho como lo haría un viajero que para ir de aquí a Gualeguaychú pasara por París sin objeto...»

Como vemos, los recuerdos de Wilde surgen a cada momento en su obra y ante el menor estímulo.

En 1888 defiende un proyecto de ley de matrimonio civil en su carácter de Ministro del Interior. Como en otros de sus discursos, el ataque a la iglesia suele ser violento o irónico. Pero en un momento recuerda a su viejo profesor y dice en plena cámara: «Señor Presidente, me acuerdo que el Dr. Larroque, hombre digno, se educó entre jesuitas. Creo que también tenía estudios para sacerdote». Y comenta Juego: «era liberal por principios, pero tenía su mezcla de religioso y aun de clerical... ¡Qué admiración por los jesuitas! Y me acuerdo que refiriéndose al dominio que ejercían, nos decía en el colegio, en una lección, pero ¡cómo no han de ser directores de las conciencias del mundo, si son los hombres más hábiles e instruidos! El que se pone a estudiar matemática, estudia matemática toda la vida...»[21].

Luego de estas reflexiones evocativas de Wilde podemos comprender mejor la sorpresa inicial de Luis F. Aráoz que al día siguiente de haber arribado, fue a misa con sus compañeros y de allí se dirigieron a la clase de religión que dictaba Larroque.

Leyeron las preguntas y respuestas del catecismo del P. Astete y con posterioridad escucharon las explicaciones filosóficas de Larroque que suplían el «provinciano» concepto del infierno «con fuego, agua hirviendo y metales derretidos...» «Y esto sucedía en mí -comenta Aráoz- antes de haberse cumplido veinticuatro horas de mi ingreso al famoso Colegio...»

Quizá esta anécdota y los conceptos de Wilde sirvan para disipar equívocos con respecto al pensamiento religioso de estos hombres que, como muchos de su tiempo, buscaban conciliarlo con las ideas racionalistas y cientificistas de tono evidentemente liberal.

---

20 «Aguas Abajo».

21 «Gobierno y Administración». Primera Parte Obras Completas. 1939. Pág. 221 y sig.

Pero no nos salgamos de muestra inicial intención: Francisco Fernández tampoco olvida a Larroque. Recuerda que un día presentándose ante él con la agresividad de sus dieciséis años le exigió con «expresiones pocas modestas» que lo inscribiera en el curso de filosofía.

Larroque con suma tranquilidad y con una sonrisa en los labios le respondió: «Pero si todavía eres un Francisquillo». Lo que no debió prever el maestro es el éxito de la expresión que desde entonces sirvió para designar al autor de «Solané».

Los sucesos políticos-militares en la vida del Colegio

La victoria de Cepeda

Cuando finalizaba 1859 la alegría del feliz acontecimiento alteró la severa disciplina de los claustros del Colegio: «corría el mes de noviembre -recuerda N. T. Berón[22]- y nosotros debíamos festejar ese triunfo con una suculenta carne con cuero que iba á tener lugar á inmediaciones del Potrero de Chilotegui».

La víspera de la referida fiesta todo era feliz en el Colegio -continúa Berón- no se estudiaba; no se concurría al estudio y hasta el mismo monsieur Larroque se había vuelto colegial pues andaba confundido con nosotros sosteniendo reñidas discusiones sobre filosofía, literatura y otras ciencias con el correntino Segovia, con Francisquillo y otros».

Sin embargo, a la mañana siguiente -la del paseo- corrió la voz, confirmada luego, de que deberían ira la sala de estudios, lo sucedido era simple: los alumnos de los cursos superiores habían decidido adelantar en unas horas el festejo y para ello, durante la noche habían atacado la despensa de Larroque a la que desmantelaron, sin perdonar el pavo que el rector tenía preparado para sus amistades.

No se pudo descubrir a los autores aunque algunos nombres circularon, «soto voces», entre los alumnos: Salvatierra, Berazategui, «el rubio Wilde, que como está con Mister Clark cree que no le harán nada» -acota Berón-, y no se escapa de la lista de «posibles» ni Martín Cristo...[23].

Y como si quisieran demostrar que la inspiración es hija del infortunio, aquellos estudiantes defraudados no encontraron mejor desahogo que recitar estos versos:

«El triunfo de Urquiza
no se ha festejado
porque se han robado
un pavo adobado»

22 Art. Sin título publicado en el Número Único del XLV Aniversario. Pág. 35,

23 Se trata del hijo del cacique Cristo que ingresara al Colegio por mediación de Urquiza en agosto de 1858, Véase B. Bosch: «Alumno del Colegio del Uruguay». La Prensa. 08-12-1968.

La visita de Mitre y los ecos de Pavón

A Julio Fonrouge le toca vivir y relatar los momentos dramáticos que atravesó el Colegio luego del sacudimiento que supuso Pavón.

«Cuando se reabrieron las clases -afirma- después de un interregno de cinco meses, conocido en la historia del Colegio con el nombre de "las vacaciones largas", los pocos que regresamos sentíamos algo como la opresión del vacío al notar la falta de tantos compañeros que se habían ido para no volver más»[24].

Desierta debió parecerles la vieja casa hacia el año 1862: «¡De más de seiscientos que éramos al despedirnos para las vacaciones, sólo volvimos á encontrarnos unos sesenta entre externos e internos!»

Ya el patio había enmudecido pues no se escuchaban aquellos gritos que sorprendieran a Aráoz cuando ingresara. Tampoco la orquesta dejaba oir sus notas: «Todo era silencio y abatimiento» asegura Fonrouge.

Tiempo atrás en Noviembre de 1860, el Colegio había recibido las visitas de su Fundador, del presidente Derqui y del Gobernador de Buenos Aires, Bartolomé Mitre.

Aráoz recuerda[25] el diálogo sostenido por las ilustres personalidades. El primero en hablar fue Urquiza quien, según estos recuerdos, habría expresado: «En medio de la guerra y las desgracias he podido edificar y formar este Colegio, pero aún falta mucho por hacer».

Mitre lo felicitó por la obra realizada, y al observar algunas deficiencias en el mobiliario, prometió reemplazarlos, «a nombre de la provincia de Buenos Aires». El General Urquiza agradecióle el gesto pero señaló que quizá fuera ya demasiado tarde «pues se trata de clausurar este establecimiento. Ya han sido suprimidas las aulas de derecho». Y culminó así sus palabras: *Si el gobierno de la Nación, por economía, resuelve la supresión del Colegio yo lo sostendré con mi peculio, porque el Colegio del Uruguay es el heredero de mi gloria*».

El presidente Derqui, que debió sentirse aludido por las expresiones del General Urquiza, prometió no concretar tal proyecto de supresión. Cerró el acto Bartolomé Mitre quien profetizó la grandeza del Colegio, «con palabras que todos sabíamos de memoria», según la aseveración de Julio Fonrouge, cuyos recuerdos retomamos.

Juan Barbosa, su condiscípulo, tuvo entonces oportunidad de lucir sus condiciones artísticas al hacer la parodia de las palabras de Mitre. «Y eran impagables -dice Fonrouge- las conclusiones acerbas á que llegaba el "conferenciante" comparando esas promesas con el estado a que había quedado reducido el Colegio bajo la administración del grande hombre».

---

24 «Después de las vacaciones largas» Art. publicado en el Número Único del XLV Aniversario. Pág. 22 y sig.

25 Discurso incluido en el folleto «Discurso pronunciado por el ex alumno Luis F. Aráoz con motivo del LIX Aniversario del Histórico Instituto». C. del Uruguay, 1908. Pág. 13 y sig.

Este mismo alumno dividió a sus compañeros en dos grupos o provincias que tenían sus autoridades, ministerios y parlamentos. Pero las diferencias comenzaron a ser de tal índole que lo que había sido ideado como entretenimiento de recreo estuvo a punto de culminar en violencia.

Barbosa abandonó luego los estudios pero se mantuvo relacionado con sus compañeros y participó, según Fonrouge, en la rebelión del 2 de junio de 1864, cuando ya Vico había reemplazado a Larroque en la dirección del establecimiento.

Este ex-alumno «era partidario de la revolución, esperando el triunfo de ésta para obtener la empresa de proveeduría de la casa, que entonces tenía Carosini».

Y Fonrouge culmina estos recuerdos con una ironía: «Aquella revolución, como toda revolución que se respeta tenía grandes ideales, propósitos desinteresados y todo lo que es de práctica en estos casos; y hasta un amigo para darle las proveedurías cuando triunfase».

La defensa de la ciudad

«Las tareas del Colegio fueron una mañana interrumpidas por un acontecimiento inesperado -recuerda Martiniano Leguizamón-. Uno de los externos trajo un boletín donde se daba cuenta que la provincia había sido invadida por el norte, y en el interior algunos caudillos prestigiosos en combinación con los invasores amenazaban derrocar al gobierno»[26].

Trincheras, tambores, clarines y tropa de la guardia nacional acuartelada fueron consecuencias inmediatas de este suceso que conmovía una vez más a la provincia.

«Las clases funcionaban con irregularidad, los alumnos mayores estaban en los cuarteles ó habían escapado para ir á alistarse en las filas revolucionarias.

Vivíamos en una constante alarma. El enemigo aparecía por las cuchillas, merodeaba en los alrededores de la población; de pronto se oían tiroteos de las guerrillas entre las quintas y algún infeliz iba a ocupar un lecho en el improvisado hospital, ó a dormir olvidado en la fosa común, sin una cruz que indicara su último asilo».

Sin comunicación exterior, los alumnos vivían horas dramáticas, ignorando el destino de sus seres queridos y de los compañeros de estudios.

«Cuando llegaba el correo -continúa Leguizamón- era una verdadera fiesta para nosotros; algunos compañeros rebozaban de alegría al recorrer con el corazón palpitante la carta tan largo tiempo esperada; otros abatían la frente entristecidos sobre la página, sin valor para terminar la lectura».

De este tono fue la que recibió Leguizamón. En ella comuvicábale su tía que había debido abandonar la estancia, saqueada por los revolucionarios.

---

26 «Recuerdos de la tierra». Pág. 225 y sig. Estos episodios están sin dudas relacionados al movimiento revolucionario jordanista. Véase «Apuntaciones sobre el jordanismo» de Oscar Urquiza Almandoz. Revista «Ser», N.º 3. Pág. 75 y sig.

Tiempo después, superados estos hechos, sus tíos lo visitaron en el Colegio.

El manteníase con el mismo empuje y dinamismo pero era evidente que su tía no había podido superar la violencia de los últimos sucesos. Sólo el cariño la hacía sonreir cuando su sobrino quería romper ese hielo de dolor con relatos de aventuras estudiantiles: «los asaltos a la fruta pintona» -el recuerdo de los vascos de Cané surge en nosotros de inmediato o las penurias que les hacía sufrir el ecónomo- «un viejito rata y avaro que engordaba su bolsa especulando sórdidamente con nuestros estómagos...".

Las visitas de Sarmiento y Avellaneda

Nos encontramos ahora en 1874 -«creo que en mayo»- y hay perspectivas de suspensión de actividades. Es que visita el Colegio el presidente de la Nación, Domingo F. Sarmiento.

José S. Alvarez -Fray Mocho- no parece muy interesado pues afirma: «Demasiado teníamos con los titeos a los profesores, los robos de comestibles al vecindario, las peleas caseras sobre si Mario tenía más valor que Sila o sobre si Yugurta tenía una o dos verrugas en la nariz, para ir a ocuparnos todavía de presidentes y gobernadores, de la política, y de gente que no era colegial»[27].

Recuerda que el rector los reunió en el patio para trasmitirles el entusiasmo que él sentía. De la alocución Fray Mocho no recordaba sino una promesa de salida «después que el encumbrado personaje nos visitara».

Luego de la advertencia, la formación solemne y la llegada del presidente, «Le tomamos olor a muestro de escuela, instintivamente», afirma Fray Mocho.

Algo interesó a los alumnos: el clac del presidente...

Los interrogantes recorrieron las filas hasta que llegó el momento culminante: «El personaje tocó el resorte de su sombrero y, éste al armarse, satisfizo muestra curiosidad y nos arrancó una carcajada homérica y tras ella otra y otra.

Aquello era tremendo. El rector estaba pálido. Sarmiento, indignado, nos dirigió una alocución en que nos dijo que éramos unos bárbaros, dignos hijos de una provincia que degollaba a sus gobernantes...». La situación era tensa. Para colmo de males, una cerrada silbatina atronó en el patio del vetusto colegio.

«El rector por poco no lloraba», recuerda con cierta delectación Fray Mocho...

Será este escritor quien nos brinde el relato de otra visita presidencial: la del doctor Nicolás Avellaneda[28].

En esa oportunidad los alumnos tuvieron asueto pero se les recomendó asistir a los actos que se realizarían en el puerto. Concepción se había preparado para un

27 «El clac del Presidente», incluido en su obra «Saladero Criollo». Sarmiento inauguró en marzo de 1874, el ramal ferroviario Concordia-Federación. Los recuerdos de Fray Mocho deben relacionarse con esa visita a Entre Ríos.

28 Avellaneda visitó Concepción en 1875. Luego se dirigió a Concordia para inaugurar el ramal Federación-Monte Caseros. Véase «Dos siglos de vida entrerriana» de Aníbal S. Vázquez.

recibimiento fuera de lo común. Fray Mocho pudo ver durante esos días «carretillas» cargadas «de cajones llenas de cohetes grandes, chicos y medianos, de bombas de estruendo para el día, y sordas pero llenas de luces para la noche; de farolillos chinescos para colgarlos entre los árboles de la plaza...».

En el puerto destacábase el colorido uniforme del batallón. Cuando llegó el presidente la banda, según Fray Mocho, «gimió un himno nacional mestizo de italiano...». Y como sucediera durante la visita de Sarmiento, un hecho no previsto alteró el orden y la solemnidad del acto. En efecto, cuando ya Avellaneda había bajado y atendía a las autoridades, un grito estridente asombró a todos: «Aquí está Calandria, maulas», se escuchó mientras tres jinetes atravesaban a media rienda entre por entre la comitiva. Enseguida comenzó la persecución que, según Fray Mocho, interesó al mismo presidente.

El legendario matrero había desertado por segunda vez del batallón provincial y se había escondido entre los montes. Ahora reaparecía...

Sólo se consiguió apresar al menor de los tres jinetes. Y recuerda Fray Mocho que días después al encontrarse en una pulpería con Calandria, quiso conocer la impresión que le había causado el presidente.

La respuesta -verídica o imaginada- tiene gracia y espontaneidad: «¡Tan chiquito! ...¿No? ¡Y tan ladiadito! ¡Yo venía al lau y tuve ganas de voltiarlo de un yerrazo... pero me dio lástima!...»[29].

Con este episodio concluimos este intento de reconstrucción del pasado. Razones de espacio nos han obligado a desdeñar algunos episodios o sintetizar otros.

Y por sobre todo nos han impedido ir más allá del siglo pasado. Situaciones felices y dramáticas, jocosas y emotivas, han desfilado por este trabajo. En algunas anécdotas hemos pensado que el recuerdo se había entremezclado con la imaginación creadora. Pero en todos los casos se ha respetado la versión original.

A través de estas páginas buscamos conjugar el realismo de Aráoz con el recuerdo emotivo o la ironía brillante de Eduardo Wilde; el desborde verbal de «Francisquillo» con la evocación nostálgica de tiempos idos de Sagarna, Cornell, Berón, Fonrouge; el tono melancólico de Martiniano Leguizamón con la gracia chispeante de Fray Mocho...

Y dejando que ellos hablen se ha estructurado esta «Juvenilia» colectiva, fragmentaria, de los hijos que en el siglo pasado no olvidaron la fuente inicial y a ella regresaron a través del recuerdo, que es una forma de agradecimiento.

29 «Calandria. Recuerdos de Entre Ríos», incluido en «Saladero Criollo».